

El magisterio de Julián Marías

Ustedes saben tan bien o mejor que yo que Julián Marías, nacido en Valladolid en 1914, es uno de los grandes escritores vivos de la lengua española, uno de los filósofos más creadores de este siglo, y uno de esos espíritus que, en cada época ponen la pluma al servicio de la verdad, a fin de que a través de las palabras, la realidad se vuelva en lo posible i

Vayan por delante algunos detalles exactos. Julián Marías, se licenció en filosofía en la Facultad de Madrid, en 1936, tras estudiar con Ortega, Zubiri, García Morente, Gaos, Besteiro, con todos los cuales, y singularmente con el primero, le uniría una esencial amistad y discipulado. Su relación con Ortega terminaría por hacer de él el colaborador, interprete y continuador por excelencia de la filosofía de su maestro. En 1948, Ortega y Marías, ajenos a todo apoyo oficial, fundarían en Madrid un Instituto de Humanidades de breve existencia.

Defensor de una interpretación liberal y democrática de la vida colectiva, Marías ha vivido marginado en los años del régimen anterior de cuanto fuera mundo oficial y universitario. Su defensa

**HELIO
CARPINTERO***

«Su defensa del magisterio de Unamuno y de Ortega, su interpretación abierta del catolicismo, su rechazo de todo bando partidista en el conflicto doloroso de la guerra civil hicieron de él una figura señera, crítica, solidaria con la realidad y a la vez insolidaria con cualquier tipo de bandería.»

*Catedrático de Historia de la Psicología. Universidad Complutense.

del magisterio de Unamuno y de Ortega, su interpretación abierta del catolicismo, su rechazo de todo bando partidista en el conflicto doloroso de la guerra civil hicieron de él una figura señera, crítica, solidaria con la realidad y a la vez insolidaria con cualquier tipo de bandería.

Forzado a vivir de su pluma, hasta 1952 no pudo publicar un artículo suyo en un periódico español. Muchos de sus libros hubieron de publicarse en Hispanoamérica. Fiel a su vocación, trabajador incansable, su obra abarca desde la filosofía a los libros de viajes, de la sociología a la crítica literaria, de la autobiografía a la teología, de la crítica cinematográfica a la teoría política. Tal vez en él falten, un poco escandalosamente, el drama y la poesía. Ausencias que tal vez compense con un absoluto dominio del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, cuyos versos utiliza en las ocasiones más variadas, a manera de aquella "tríaca máxima" que en las farmacias de antaño se empleaba como remedio general ante toda clase de dolencias. En todas y cada una de las páginas escritas por Marías resuena una voz independiente, mesurada, ávida de aclarar las cosas, respetuosa con la realidad, dominadora de la lengua. Esto lo saben todos sus lectores, lo conocen quienes desde la lejanía se han vuelto sus discípulos, cuantos se han acercado a oírle en alguna de sus incontables lecciones y conferencias.

Mediante el trabajo diario, con incontables horas pasadas ante sus sucesivas máquinas de escribir —hasta donde yo sé, no ha sido posible convencerle de que se acerque al pequeño ordenador personal de nuestros días— ha publicado cerca de 70 libros (muchos de ellos traducidos al inglés, al portugués, y a otras cuantas lenguas culturales de primer orden), varias antologías, innumerables artículos, en particular crónicas sobre cine aparecidas con regularidad desde hace más de treinta años. Así ha alcanzado a poseer uno de los más vastos públicos de lectores, a los dos lados del Atlántico, con que hoy cuenta un escritor de lengua española.

Es, en fin, académico de la Real Academia Española, de la de Bellas Artes; ha sido miembro del Consejo Pontificio para la Cultura, por designación de Juan Pablo II; fue también senador por designación de su majestad en las primeras Cortes de la democracia; pertenece al Instituto Internacional de Filosofía, y, en fin, ha sido Premio Castilla-León de las Letras y es Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 1996.

No se pueden entender la persona ni la obra de Julián Marías si no se las ve en el contexto de su país y de su tiempo. Esto, que es cierto en general de toda vida y de toda obra intelectual, lo es aún más en su caso, porque en él ha habido permanentemente una explícita conciencia de la circunstancialidad que condiciona todo lo humano.

«Objetivamente, la guerra civil supuso la destrucción de la escuela filosófica en que se formara Marías, y el intento de su suplantación por un pensamiento escolástico que representaba a sus ojos un esencial retroceso e inautenticidad.»



De este modo una comprensión en profundidad de su obra exige ir más allá de un mero análisis de influencias y fuentes intelectuales, obliga a trascender una simple historia de ideas para recalar en la historia real.

Ha habido ciertas experiencias vitales cuyo peso ha condicionado el desarrollo personal de su pensamiento, y cuya significación está aún por determinar. Me referiré a dos guerras, la española y la segunda guerra mundial, de las que sin duda han dependido innumerables cosas de este siglo.

Tal vez la mayor de las circunstancias ha sido la guerra civil española. Esta ha sido, en verdad, como una fragua en que se ha forjado una parte importante de su vida personal y, sobre todo, ha puesto condiciones e introducido limitaciones que han determinado su obra.

Objetivamente, la guerra civil supuso la destrucción de la escuela filosófica en que se formara Marías, y el intento de su suplantación por un pensamiento escolástico que representaba a sus ojos un esencial retroceso e inautenticidad.

El contexto histórico marcó, para nuestro filósofo, la tarea a realizar. La obra de Ortega y la de Unamuno corrieron, en los años de la posguerra, peligro de quedar envueltas en silencio.

Marías defendió la herencia cultural recibida. Ortega recordó en más de una ocasión el precepto de Goethe: "Lo que heredaste de tus mayores, conquístalo para que sea tuyo". La obra de Marías, en una de sus dimensiones, ha sido una reconquista de la realidad española —de su cultura, de su historia, de sus clásicos—. Ahí encuentran su raíz muchos de sus libros: los magistrales dedicados a Unamuno y a Ortega, también otros esclarecedores del siglo XVIII español, los teóricos pensados para estudiar la sociedad española (así "La estructura social"), y aquellos en que lo abordó ("La España posible en tiempos de Carlos III", "España inteligible", "Cervantes clave española",...), y sobre todo, aquellos que recogen la reflexión política e histórica, su voz crítica y mesurada que acompañó la transición española a la democracia, y que comienzan con "La España real" y se extienden a lo largo de otros cuatro más.

Nace de ahí una esencial lección repetida por él en mil lugares: quien ignora su historia, está expuesto a toda suerte de manipulaciones; está a merced de las interpretaciones que otros quieran hacer de su ser y su vivir; el arraigo en nuestro ser histórico y colectivo es la primera condición para una existencia auténtica, poseedora de sí misma.

«Marías defendió la herencia cultural recibida. Ortega recordó en más de una ocasión el precepto de Goethe: "Lo que heredaste de tus mayores, conquístalo para que sea tuyo".»



El arraigo español de su obra —y no sólo español: también clásico, europeo, occidental, pues las raíces de su espíritu tienen una condición de universalidad—, está, además, inspirado por una profundísima pasión que alienta en sus ensayos literarios, sus escritos sobre ciudades, y que culmina, si puede decirse así, en su entusiasmo por la América hispana. En innumerables ocasiones ha repetido la fórmula de "Las Españas", tan frecuentemente usada en la literatura ilustrada dieciochesca. La amenaza de perder todo ese tesoro, sin duda, le impulsó a conquistarlo, haciéndolo suyo cordial e intelectualmente a través del pensamiento, de la escritura y de la vida.

El segundo eje determinante de su obra lo marca, a mi ver, la guerra mundial y el telón de acero que ha ocupado gran parte de la escena histórica en este siglo.

También aquí se encerraba una opción, y una opción moral. Se trataba de elegir entre la vida como libertad y la vida construida según los dictados del poder. Estaba en juego, de forma inevitable, la conservación de la realidad europea, amenazada en su integridad, desmenbrada incluso visiblemente, como lo revelaba el muro de Berlín.

Marías ha sido uno de los contadísimos intelectuales que ha visto, recién terminado el conflicto, la amenaza que representaban para el mundo los totalitarismos subsistentes. Ha sido también uno de los raros pensadores que ha sentido la necesidad de enfrentarse con la realidad americana para procurar entenderla. A la postre, los Estados Unidos han sido, y siguen siendo, un factor decisivo en el desarrollo de la historia universal contemporánea.

Los resultados de ese ejercicio de comprensión son un par de libros sobre el gigante americano, que representan una visión sociológica capaz de aunar la concreción vital inmediata con aquel sentido teórico mediante el cual se reconstruye una complejísima estructura social.

Como se ve, estas dos guerras pusieron de manifiesto la universalidad de la crisis que afecta al hombre del siglo XX. Han sido—cabría decir—experiencias límite, decisivas, que han reclamado imperiosamente ese esfuerzo de clarificación radical en que consiste, según Marías, la filosofía. No ha eludido la exigencia, y así ha construido una obra intelectual íntegra y explícitamente "a la altura de los tiempos".

¿Cuál pudiera ser el núcleo de su aportación más original?

Convendrá decirlo cuanto antes: formado en la tradición de la metafísica de la vida humana de Ortega y en el análisis existencial realizado literariamente por Unamuno, Marías ha construido una sistemática exploración de la persona concreta, y de la estructura social en que ésta se mueve, hasta alcanzar el nivel de

«Nace de ahí una esencia lección repetida por él en mil lugares: quien ignora su historia, está expuesto a toda suerte de manipulaciones.»



las sociedades históricas — Andalucía, Cataluña, Castilla, España, los Estados Unidos, Israel, Hispanoamérica...

Hace unos años, tal vez el mayor sociólogo americano de nuestro tiempo, el profesor Robert K. Merton, precisó su impresión frente a la obra de Marías. Quería situarla en relación a la de su maestro Ortega, con la que la enlazan innumerables hilos intelectuales. Escribió: "...A medida que avanza Marías en su obra, Ortega retrocede. Aunque hay mucho en la extensa y creciente obra de Julián Marías... que tiene su origen en el pensamiento de su maestro, hay mucho más en ella que nunca se ha vislumbrado en la filosofía de Ortega..." (Merton, 1993).

P odríamos coincidir, en último caso, con la intención de Merton. A medida que avanzamos en la reflexión de Marías, Ortega retrocede —no porque se quede atrás, anticuado u obsoleto, sino porque el horizonte del paisaje siempre retrocede a medida que el caminante progresa. El horizonte está ahí, recogiendo en su ideal círculo el contexto a que estamos referidos, esto es, el marco dentro del cual la meditación avanza. Ortega, con su idea de que la realidad radical, núcleo de toda metafísica, es la vida de cada cual, ha situado el espacio de la meditación filosófica en un lugar bien preciso, más allá del idealismo y el realismo.

Pero Marías ha ido progresando en la exploración de las estructuras empíricas, de las realidades radicadas que, dentro de mi vida, dan concreción al vivir, y que no son meramente accidentales, sino estructuras organizadoras y posibilitadoras de ese vivir.

Trataré de precisar algunas de las que me parecen ser las innovaciones tuyas capitales.

La vida de cada cual tiene una trayectoria efectiva; pero tiene muchas posibles, e incluso varias simultáneas —en distintas dimensiones— que se van llevando adelante, dando concreción a la multiplicidad de la realidad de la persona. Es su idea del carácter vectorial del proyectar humano.

Cada trayectoria resulta de un cierto proyecto o pretensión parcial (de escritor, de hombre social, de ciudadano, de padre, de profesional competente, de varón atractivo, de amigo entrañable).

Recuerden los elogios del gran poema de Lorca a las múltiples dimensiones de la persona de Sánchez Mejías:

**«Marías ha sido uno de los
contadísimos intelectuales
que ha visto, recién
terminado el conflicto, la
amenaza que repre-
sentaban para el mundo
los totalitarismos
subsistentes.»**



" ¡ que gran torero en la plaza!
¡qué gran serrano en la sierra!
¡qué blando con las espigas!
¡qué duro con las espuelas!
¡qué tierno con el rocío!
¡qué deslumbrante en la feria!
¡qué tremendo con las últimas banderillas de tinieblas!".

Eran en efecto muy varios los proyectos, según eran las realidades hacia las que el torero Sánchez Mejías se proyectaba, se orientaba. Y esto ocurre con cada una de las personas. Cada persona es una realidad que incluye la irrealidad del futuro, del proyecto; es una realidad viniente, que no está acabada, que no es mera cosa, sino alguien, quién, pero alguien corpóreo y mundano y social. Y este alguien, que se proyecta al futuro, descansa en una instalación que le proporciona los sistemas de referencia, que lo sitúan —en su sexo, en su lengua, en su tiempo, en su corporeidad, en su sociedad.

La persona, ha notado Marías, ha de ser vista desde un horizonte conceptual muy preciso: el horizonte de la creación. Las religiones semitas, y las filosofías occidentales, han reflexionado desde la época romana sobre la idea de la creación, su posible sentido, sus implicaciones en relación con la dependencia de lo creado respecto de un ser fundamental. Marías, con esa atención al entorno concreto que tanto le caracteriza, ha hecho girar la cuestión ciento ochenta grados: ha empezado por advertir que hay, en nuestro campo de experiencia, aquella "innovación de realidad" en que la creación podría consistir: la innovación que es siempre la persona del hijo respecto de todas las demás personas, incluidas naturalmente la de sus padres. Toda persona es siempre un alguien nuevo, una realidad irreductible, un nuevo centro de realidad, algo "sacrum", innovador, —de ahí, todos ustedes lo recuerdan, la radical oposición de Marías ante el aborto como sacrificio de la persona viniente del neonato.

Instalación, vectores, sexos como formas de mutua referenda e incluso como formas peculiares de razón, (razón vital masculina y femenina); núcleos sociales en que el hombre se inserta —regiones, naciones, Europa, occidente-, lenguas históricas desde las que los hombres concretos piensan; penetrantes análisis que distinguen en el hombre lo que son sus condiciones —que le constituyen— de lo que es su situación —que es modificable, que está en cierto modo en sus manos, todo eso, y mucho más, hay en la obra de Marías, que está, como ha dicho muchas veces, hecha con los ojos mirando alrededor, descubriendo el sistema de lo real, para luego dar voz y concepción a lo visto, dando *razón* de lo que se contiene en esa "visión responsable" que es para él la filosofía.

Su visión nos ha enriquecido de mil modos.

«¿Cuál pudiera ser el núcleo de su aportación más original? Convendrá decirlo cuanto antes: formado en la tradición de la metafísica de la vida humana de Ortega y en el análisis existencial realizado literariamente por Unamuno, Marías ha construido una sistemática exploración de la persona concreta, y de la estructura social en que ésta se mueve.»



Nos ha ayudado a comprender, más allá de polémicas sectarias, la realidad de España, el sentido de su realidad histórica inteligible, proyectada y querida durante siglos como cristiana y europea; la significación de Cervantes, de la Ilustración (Feijoo, Jovellanos, Moratín), de lo que era la España posible en tiempo de Carlos III, llena a un tiempo de grandeza y de moderación, y a entender, también, lo que significa, en su gravedad y su peligro, la discordia social, la ilegitimidad que acompaña a las imposiciones dictatoriales, que fragmenta las sociedades y abre la puerta a la destrucción de la persona, y de sus más altos valores, la libertad y la dignidad.

Día a día, desde hace más de medio siglo, la voz y el ejemplo de Julián Marías nos acompañan a los españoles, como la sombra protectora de un gran árbol que da sosiego y conforta en medio de la llanura al caminante. Su palabra aclara muchas cosas que podría haber en otro mundo, si por ventura lo hubiera.

Explorador de la realidad de la persona humana, su escritura se ha convertido en una voz cálida y cordial que innumerables lectores esperan con impaciencia, semana a semana, porque les ayuda a entenderse algo mejor a sí mismos y a lo que nos rodea.

Es una voz que dice que la vida es valiosa, que requiere un temple entusiasta, desde el que es posible la creación personal, envuelto sin embargo en cierta melancolía —nacida de las renunciaciones y limitaciones que forman también la sustancia de la existencia. Dice, con Cervantes, "con poco me contento, aunque deseo mucho" y añade, como última máxima moral, como lección de esfuerzo y exigencia: "por mí, que no quede".

Palabras y gesto que, en verdad, le acreditan como maestro.

Presentación del Galardonado en la entrega del Premio de la Diputación de Valladolid a la Trayectoria Literaria 1996.

«La persona, ha notado Marías, ha de ser vista desde un horizonte conceptual muy preciso: el horizonte de la creación. Las religiones semitas, y las filosofías occidentales, han reflexionado desde la época romana sobre la idea de la creación.»

